

El monstruo coleccionaba mariposas

...en el fantástico universo poético de Enrique González Rojo Arthur, situado en ninguna parte, y siempre a nuestras espaldas.

El Quintuple Balar de mis sentidos (o el monstruo y otras mariposas) Enrique González Rojo Arthur. Editorial Joaquín Mortiz 69



En un libro anterior, **El antiguo relato del principio** (1975), Enrique González Rojo manifestaba de manera

explícita la tarea poética que se había trazado, y que tácitamente estaba apuntada en el libro que publicara en 1972, **Para deletrear el infinito.**

El título del prólogo en aquel libro era el primer paso del programa a seguir: "Cuando la pluma toma la palabra." rubricaba González Rojo su prefacio, mismas palabras que le sirvieron para intitular el primer poema de **Para deletrear el infinito.**

El principio ya estaba dado; no quedaba más que poner manos a la obra. Así, **El antiguo relato del principio** fue el primer libro de ¿quince, tal vez? que habría de escribir el autor ahondando en cada uno de los quince cantos contenidos en **Para deletrear el infinito.**

Me referí a la tarea poética de Enrique González Rojo, pero en realidad el autor escribía: "mi actividad literaria presente y futura". ¿Quiere esto decir que lo mismo podría considerarse un poema que un ensayo, o bien una obra narrativa? ¿Y que cualquiera de estos géneros podría desarrollar alguno de los quince títulos de sus cantos? No lo sé. Lo cierto es que **El quintuple balar de mis sentidos**, amplía profunda e intensivamente el quinto canto, aunque el subtítulo **El monstruo y otras mariposas** permitiría colegir que puede tratarse también del segundo canto, "La Bestiada", representada en los polos más opuestos: la bestia destructora, sanguinaria y mortífera y la suave y efímera mariposa.

Esta asociación involuntaria, sutil insecto de duración fugaz, no es caprichosa; para Enrique González Rojo las otras mariposas son los amores que, en el libro, cuentan con una atención limitada, restringida; el monstruo domina casi todo el espacio del poema, aunque en muchas ocasiones esté agazapado tras la mariposa o la presuponga.

"Pero hace mucho tiempo / vino el monstruo callado, / sin

decir estas fauces criminales / son mías, y en el centro de mi mano, / ahí donde hace nido mi futuro, / clavó una mariposa, la primera / presencia del amor, mi amor primero, / mi amor adolescente, con las manos / desbordantes de tacto y con las sienes / haciendo y deshaciendo sus luciérnagas".

Y el monstruo, ¿qué es? ¿Es el tiempo que devora la vida, el oscuro enemigo que nos roe el corazón y que crece y se fortalece de la sangre que perdemos, epígrafe de Baudelaire que preside el libro? "Acecha, merodea, da zarpazos", irrumpe así, brutalmente, en las primeras palabras del poema. No sabemos de él sino que está agazapado, oculto quién sabe dónde, pero que sus agresiones son manifiestas. Antes de defenderse, de contraatacar, el poeta pregunta el porqué de su existencia, que hace de él fácil víctima.

El mundo que puede abarcarse con los sentidos no está habitado por el monstruo. En ese mundo la batalla que se dé será cara a cara, frontalmente: "No me embarga la angustia ante este mundo /visible e inmediato". Es en el espacio oculto, a sus espaldas, donde está, invisible e intangible, pero con una presencia que pesa más —en su incierta ubicuidad— que cualquier intrusión real.

"Hay quien piensa que el monstruo es el destino /... hay quien piensa que el monstruo es la Divina / Providencia que gruñe, / que amenaza... "No es la fatalidad. / Es sólo el monstruo. /Son tan sólo, también, las mariposas".

"El monstruo merodea, da zarpazos/ en torno de mi casa, de mi cuerpo, / de mi vida privada, se tutea / ya con mi soledad. Se halla en mi sala. / Se encuentra en los cajones del ropero. / En mi mesa de noche. / Es mi monstruo también de cabecera".

El monstruo está en las mujeres, en la separación, cuando todos los verbos se conjugan "en presente

de ausencia"; en los celos, en las migrañas. Es una bestia que ha crecido dentro y fuera de él desde el momento en que dejó de ser niño.

Se puede manifestar en la muerte de los seres queridos y también de los otros, aquéllos de los que "me entero por su muerte de su vida"; y: "También en el amor se halla presente. / También en el abrazo y en el beso, / en el déjame ya, sigue nadando, / mira cómo en las costas de la sábana / termina nuestro amor de titubeos".

La bestia se esconde en todas partes: lo mismo en sus poemas que "en el tigre en la casa de un amigo" (clara alusión al libro de Eduardo Lizalde). Entonces, el poeta "por el monstruo acosado", decide "ir en su busca", "invertir lo que pasa", "no cruzarme de brazos / (acunando mi eterno ser de víctima)".

Se propone "Salir de cacería / con nuestra concepción del mundo al hombro..." Y en esa búsqueda: "De pronto he concluido /que el animal no es mío únicamente. / Es la bestia de todos". Y, lo que es peor, "a veces soy el monstruo de los otros".

Qué agregar sobre este bello poema de Enrique González Rojo, esta meditación redonda que ve dentro de sí para mejor ver el mundo y hace del lenguaje el vehículo más transparente, depurado y personal para el conocimiento de él y del mundo: "agregado infinito de finitos" que aquí intenta deletrear.

“Novedades” 5 de Diciembre de 1976.